

EL VELO DE ISIS

LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA

Como vamos a entrar en varios Capítulos en los que se hace referencia a la figura del Pescador, con su simbología que aparece no únicamente en Las mil y una noches, sino en la Biblia, en la historia de Tobías, de éste capítulo III y no podemos olvidar que una parte de los Apóstoles de Jesús, vivían de su trabajo como pescadores. Todo ello nos lleva a reflexionar en la importancia de su labor, relacionada siempre con el mar, los ríos y el agua.

¿Que necesita un pescador? Un buen cebo, pues no todos nos ayudan a pescar, el lugar adecuado para encontrar la pesca, y poder alimentarnos, siempre logrando extraer del agua - símbolo de las emociones y los sentimientos, que nutren nuestra tierra, pero que en demasía, la inundan y vuelven estéril. – el alimento que necesitamos.

Muchas respuestas las encontramos analizando las historias, pero no por la mente que esconde sus pensamientos. En cambio, los sentimientos afloran y se manifiestan, en tristeza, alegría, temores, inquietudes y eso no puede permanecer escondido... ha de ser lavado y purificado por el agua – elemento único que no podemos fabricar, aún sabiendo de que está compuesta-.

El agua es sanadora y purificadora. Tobías consigue de ella un pez, que con su hiel cura la ceguera de su Padre. ¿Ceguera física o de corazón? Jesús, antes de empezar su vida pública se baña en el Jordán, limpiándose, él sabía de que. Moisés pasa a su pueblo de una orilla a la otra, separando las aguas. La tierra sufrió el diluvio, dejando a Noe y su descendencia una tierra limpia y nueva.

Cada uno de nosotros somos pescadores, en el mar de nuestras emociones, para descubrir y comprender que es lo que nos ahoga, inunda o libera, puesto que únicamente la respuesta es personal e intransferible. No podemos vivir la vida de otra persona, pero si compartirla, comprenderla y acompañarle en el camino, respetando las decisiones de los otros, aunque difieran totalmente de la nuestra. Es curioso recordar que el primer milagro de Jesús, en las Bodas de Caná, fue cambiar el agua en Vino, que ha sido recogido de las cepas, de los racimos – nunca iguales – para en la oscuridad de las toneles y las bodegas, madurar y transformarse como símbolo de lo que cada uno hacemos, al comprender que el agua es el medio, pero el resultado es en realidad el Vino, símbolo del fuego líquido, como lo es el aceite y la miel, que no solo lava, sino que nos alimenta.

La mayoría de los cuentos de las Mil y una Noches, son un reflejo de historias de la Biblia, lógico puesto que ha sido escrita por aquellos seres que desearon dejarnos un mensaje para caminar mas seguros, evitando los tropiezos que ellos sufrieron.

Seguiremos pues compartiendo nuestra visión, con el deseo de comentar, nunca enseñar, pues como vosotros, estamos en el Camino, siendo pescadores de cada situación que aparece en nuestras Vidas, y como Tobías descubrir que parte del pez, es útil...

C.E.A

EL VELO DE ISIS
Capítulo III
Comienza el libro de “El Pescador”, y sus múltiples versiones
en los textos de “Las mil y una noches”

Los numerosos cuentos de *Las mil y una noches* entroncan en sólo diez o doce cuentos fundamentales, que son como otras tantas obras distintas y que daremos, para mayor claridad, en libros separados.—Disposición genuinamente “arbórea” de los relatos.—Un detalle concordante acerca de las producciones artísticas de los grandes maestros.—La separación entre noche y noche, es arbitraria en los textos que conocemos, pero no debió ser así “originariamente”.—“Historia del pescador” en el texto de Galland.—Anécdotas de “El rey griego con el médico Dubán” y de “El loro y el papagayo” y “El príncipe y la vampiresa”.—“Los cuatro peces de colores y la Dama Blanca”.—“Historias de Califa y el califa”, y de “Los doce capitanes de policía”.

La más simple ojeada que echemos sobre las actuales versiones de *Las mil y una noches* basta para hacernos comprender que la disposición de sus textos dista hoy enormemente de lo que ser pudo el texto primitivo. La versión constantinopolitana de Galland, la siria de Mardrus y la española fragmentaria que corre, ora en “Pliegos del Cordel”, ora en desfigurados cuentos que nos ha conservado la tradición popular arábigoespañola, por no hablar de otras, tienen, si, el perfume de aquel texto primitivo, hoy perdido; pero su disposición y enlace, sus detalles variadísimos, su alcance filosófico y su moralidad o inmoralidad respectiva, cambia hasta lo infinito del modo más notable, siendo necesario, por tanto, introducir algún orden en semejante caos, si se quiere penetrar en la entraña ocultista del maravilloso libro.

Hay, en efecto, en *Las mil y una noches*, determinados cuentos fundamentales, troncales, por decirlo así, y de los que, con tropical exhuberancia, brotan todos los demás, a la manera como de las ramas principales de un árbol corpulento van arrancando y diversificándose otras ramas menores, las que se ramifican, a su vez, hasta acabar en pequeñas ramitas y en hojas, cada una de las cuales es, en sí, una fábula o un cuento independiente en el libro que nos ocupa.

Esta disposición arbolea, eminentemente científica, como la de las tablas clasificadoras de la Historia Natural, es propia y característica de los grandes libros del pasado, porque el hombre ario, a diferencia del moderno, tiene un espíritu de orden que armoniza siempre la unidad de la idea fundamental con la multiplicidad prodigiosa de los desarrollos a los que la idea es sometida, a la manera de como hoy lo vemos en las obras musicales de los grandes maestros, quienes han sabido imprimir a temas sencillísimos, triviales a veces, desenvolvimientos que nos pasan sin que se borre jamás por ello la idea temática básica, la cual aparece siempre en el fondo de tales desenvolvimientos, la cual aparece siempre en el fondo de tales desenvolvimientos, a los que centra y coordina. Con ello se prueba una vez más, la unidad esencial del verdadero Arte, ora en su expresión musical, ora en la pictórica, ora en la literaria, en la escultórica, en la arquitectónica, en la coreográfica, etc. etc, expresiones que no son en el fondo sino la manifestación de una Idea única, abstracta, indefinible y Divina.

Ya al tratar la Introducción de la obra, vimos cual era el tronco de esta última:
 a) una sentencia cruel, inhumana, símbolo de la sentencia de nuestra muerte que la Naturaleza pronuncia contra todos los seres desde el momento mismo en que ella los trae al mundo.

b) un acto de sacrificio heroico que, para dilatar indefinidamente la sentencia, es interpuesto entre el sacrificador y sus victimas, y,

c) un elemento de sublimidad ultraterrestre sirviendo de instrumento liberador, y que no es otro, que la Imaginación Humana sembrando de rosas de ilusión una senda que es de espinas y que serpea siempre por el borde de un abismo...

Tal es, pues, la obra que los relatos de Scheherazada forman, obra que se desarrolla en una serie prodigiosa de cuentos, sucediéndose unos a otros durante mil noches sucesivas, y cuyos cuentos, sin duda, tuvieron otra ilación que la desarticulada de los textos actuales, en las que ellos aparecen arbitrariamente interrumpidos con los cortes necesarios de noche a noche, para imitar artificiosamente el millar de cuentos que sin duda tuvo el primitivo libro.

Pero entre estos cuentos hay diez o doce grandes relatos, distintos entre sí e irreductibles uno en otro; tan distintos como que, probablemente, se trata de diez grandes novelas, que hoy diríamos, a saber: la "Historia del pescador", la de "Los tres calendas y las tres princesas de Bagdad", la de "Aladino, o la Lámpara maravillosa", la de "Sindbad el Marino", la de "El jorobadito y los siete barberos", la de "Camaralzamán y Badura", la de "Yamlíka, princesa subterránea", la de "Beder, rey de Persia y Giauhara, princesa marítima", la de "El príncipe Seif Almuluk y la hija del rey de los Genios del aire", la de "Nureddhin Alí y Bedreddhin Hassan" y alguna otra. Todos los demás cuentos -acaso agrupados antaño de diez en diez, también, respectivamente- les están subordinados, como en toda obra lo están los capítulos al respectivo libro del que forman parte. Ellos luego, a su vez, se diversifican en varias fábulas, episodios e incidentes hasta componer en conjunto el número de diez por diez y por diez, o sea un millar entre todos y "cada uno por noche", como corresponde a otra de las significaciones del emblemático título de "mil y una noche", que la obra entera lleva.

El primer ejemplo de ello nos la da "La historia del pescador", que es también el primero de los cuentos de Scheherazada en todos los textos, y el primero que vamos a examinar nosotros, por referirse a la discutida Atlántida y a su catástrofe, como punto de partida de toda la historia persa, al tenor de la frases de la Maestra H.P.B. Que estampamos el comienzo de nuestro

estudio. El cuento en cuestión contiene, en efecto, las diez historietas que subsiguen, y de cuyos textos de referencia se dan asimismo las oportunas indicaciones. De aquí el título *El libro del pescador* que nos hemos permitido asignar a todo el conjunto de este primer "libro".

El primero de estos diez cuentos de "El libro del pescador" dice, en efecto, así:

VERSIÓN PRIMERA DE "EL PESCADOR" EN EL TEXTO DE GALLAND

-Señor -continuó diciendo Scheherazada antes de apuntar el alba-, en aquel tiempo había un anciano pescador que apenas ganaba en su oficio lo preciso para alimentar a su mujer y a sus tres hijos. Todos los días al amanecer se iba a la ribera, y sólo echaba las redes cuatro veces por día. Una madrugada, a la luz de la Luna, echó al mar las redes, y al punto sintió gran resistencia en ella, señal que prometía una pesca espléndida; pero cual sería su desilusión viendo salir preso en las redes el esqueleto de un enorme jumento. Echólas segunda vez, y halló gran resistencia de nuevo, más sólo era una gran cesta llena de fango y cascajo. En el tercer lance de pesca, en fin, sólo sacó tarmones y basuras del río vecino.

Entonces oró al Señor, pidiéndole que le hiciese acertar la cuarta y última vez, pues, de lo contrario, él y los suyos no comerían aquel día. Sin embargo, lleno de fe, tiró su postrer lance y vio con asombro que las redes sacaban al fin un gran vaso amarillo de cobre, cerrado con tapa de plomo, y en ésta un sello de seis puntas o Sello de Salomón.

-Se lo venderé a un fundidor, y con el precio compraré una fanega de trigo -se dijo el buen hombre., y se puso a examinar atentamente el vaso, notando que sonaba a vacío, Abrióle con gran trabajo mediante su cuchillo, mas en el mismo instante salió del vaso una espesa columna de negro humo que lo anubló todo, mar, tierra y cielo (1), condensándose después en un monstruo gigante, quien le dijo:

(1) El vaso que encerraba al genio es, como se ve, una especie de "caja de Pandora", fuente de todos los males de la pobre Humanidad por haber despreciado, necia, los bienes que el genio hubiera podido otorgarla en un tiempo. La pregunta del astuto pescador al genio recuerda de lejos a las célebres que median entre el dios Wotan y Mimo el nibelungo en el primer acto de Sifredo. El humo negro es característico de la necromancia.

-Vas a morir ahora mismo, por castigo de lo que has hecho. Sólo te dejo el arbitrio de que elijas el género de muerte que te sea preferible. No puedo tratarte de otro modo por lo que vas a saber:

-Yo soy uno de los antiquísimos genios, rebeldes al poder del sabio rey Salomón. Sácar, fue el otro, por lo que aquel encargo a Assai, hijo de Barachia, su visir, que me encerrase y sellase dentro de este vaso y me arrojase al mar. Hecho ello así, juré que si alguien, en el término de cien años, me libertaba, le haría rico en el cielo después de su muerte,; pero nadie durante un siglo me hizo tal beneficio. Durante el segundo siglo juré otorgar a mi libertador todos los tesoros de la tierra, del mar y del abismo, pero me ocurrió lo que la otra vez. Durante todo el tercer siglo prometí hacer a mi libertador el monarca más

poderoso de la Tierra, estar junto a él siempre en espíritu para guiarle por la noble senda, y concederle cada día tres peticiones que me hiciese, mas nada conseguí. Rabioso entonces contra la Humanidad tan necia, y por ver si así tenía mejor suerte, juré que si alguno me libertaba en lo sucesivo, le mataría sin piedad, dándole únicamente el derecho de elegir la clase de muerte. Elígela, pues tú, mi necio libertador.

-Si es así -exclamó el pobre pescador aterrado, viendo que no valían lágrimas, súplicas ni proposiciones astutas de ningún genero-, contéstame al menos, en nombre del Señor Supremo, a una sola pregunta.

-Hazlo pronto -rugió el gigante, obligado por el sagrado conjuro.

-Yo querría saber, no más, si efectivamente estabas encerrado en este vaso, como dices, porque él es demasiado chico y tú demasiado grande para caber en él.

-Sí lo estaba -repuso el gigante

-Pero -insistió el pescador-, ¿isi no cabe en él siquiera un dedo de tus enormes pies! Necesitaría verlo para creerlo.

-Pues imíralo! -dijo el gigante volviéndose a meter en la vasija.

El pícaro pescador, entonces, en vez de responder, se apresuró a cerrar el vaso como antes, dejándole al genio encerrado de nuevo.

-¡Abre el vaso y déjame libre -decía desde dentro el genio-, que no habrá de pesarte mi generosidad!

De ningún modo -insistió el pescador-, Tú no te compadeciste de mí, y yo debo ser también inexorable contigo, echándote de nuevo al fondo del mar y avisando a todos los navegantes y pescadores para que nadie vuelva a sacarte por siglos de siglos (1)

(1) En el curso de la discursión entre el pescador y el gigante, cuando aquel se resistía a libertar a éste de nuevo, hubo de contarle para justificar su conducta, la leyenda de *El rey griego y el médico Duban*, que, en esencia, es como sigue:

“Había en Zaman, comarca de Persia (otra vez y siempre los “shamanos” de los capítulos anteriores), un rey cuyos súbditos eran griegos de origen. Este rey estaba lleno de lepra, y sus médicos no sabían cómo curarle, cuando se presentó en la corte un médico habilísimo, llamado Dubán, que había adquirido su ciencia en los más antiguos libros de filosofía de todos los países, y conocía todas las propiedades mágicas de las plantas y las drogas, pero que propuso al rey curarle sin emplear ninguna. El médico, en efecto, preparó un mallo o martillo, poniendo dentro de él la medicina adecuada y diciéndole al rey que se ejercitase tan sólo en su manejo y en jugar al mallo con una bola, hasta entrar en reacción, con lo cual quedaría curado. El rey obedeció y quedó curado en efecto.

Pero el visir de la corte se llenó de envidia, y, para perder al médico, le dijo al rey que éste no era sino un traidor que se había introducido cerca de él para asesinarlo.

-¿Cómo puede ser eso -replicó el rey-, cuando para matarme le habría bastado con no curarme como le ha hecho? Me acuerdo muy bien, además, de la leyenda del rey Sindbad y su visir, y de cómo este rey, después de haber matado a su papagayo, que le refirió la historia de todas las infidelidades de su esposa la reina, se arrepintió de haberle muerto.

-¡Señor! -insistió el visir-, ¿Y quién puede asegurar que el médico Dubán ha curado a vuestra majestad y que a la larga no le cause el remedio por él dado un efecto pernicioso? Yo no quiero ser tan poco celoso en los cuidados que debo hacia vuestra majestad como aquel otro visir, que, por no preocuparse lo bastante de su príncipe, dio lugar a que éste se perdiese

cierto día en la selva persiguiendo a una cierva, la que resultó después ser una dama que se llamaba falsamente la hija de un rey de la Indias, y que, en realidad, era la mujer de un terrible ogro que no pensó sino en perderle.

El rey griego, que, naturalmente, era de escaso talento, y tenía, además, la nativa propensión humana a creer menos a la verdad que a la mentira, cedió al fin ante la infame propuesta del visir y mandó decapitar al médico, quien, al tiempo de recibir el golpe fatal, y arrepentido de haber hecho tan buena acción de curar al un rey tan necio, le dijo:

-Puesto que no me ha creído ni tampoco a cuantos me abonan, pensando que quien le dic la salud pueda pretender el quitarle la vida, permitidme, al menos, que vaya a casa a despedirme de los míos y legar mis libros a persona capaces de hacer de ellos mejor uso, Uno de estos libros es tan particularmente precioso que él solo vale por todos cuantos pueda encerrar la biblioteca de vuestra majestad.

-¿Pues qué contiene el tal libro? -preguntó el rey.

-Señor -contestó el médico-, el libro contiene infinidad de cosas curiosas: tanto, que, cuando haya sido separada del tronco mi cabeza, ella puede responder a cuantas preguntas la haga vuestra majestad, con tal que leáis en la hoja sexta, línea tercera del libro, lo que allí se dice.

-Concedido -dijo el rey-; pero no pienses que por ello he de dejar de hacerte morir, siquiera sea por el ansia que siento de saber qué es lo que me responde tu cortada cabeza.

Como se ve , el rey, a más de ignorante, era egoísta e injusto, cual suelen serlo todos los ignorantes. A una simple señal suya, la cabeza del pobre médico rodó por los suelos, abrió un momento los ojos y dijo al rey que consultase el libro.

Pero con gran sorpresa, notó el monarca que el libro estaba en blanco todo él, y nada pudo encontrar, por tanto, aunque, mojando el dedo, pasó una tras otra sus hojas. Pronto, sin embargo, el activísimo veneno que éstas contenían, hizo su efecto, y el imprudente rey pagó su brutalidad e ingratitud para con el médico que le había salvado, perdiendo allí mismo la vida...



No hay que decir que en esta lindísima historieta se ve retratada una vez más la ceguera humana y su eterna ingratitud hacia sus bienhechores, a quienes crucifica, mientras que presta oídos a los malvados que la engañan y la pierden. Por supuesto, la curación del rey no se debió a otro "mallo o martillo" que al manejo de la emblemática "Tau", quiero decir, al constante empleo en la vida del arma de la justicia que en la "Tau", "Balanza" o Martillo de "Thor", se simboliza.

En el cuento en cuestión aparece además "la cabeza parlante" de otros mitos, cabeza caricaturizada por Cervantes durante la estancia de Don Quijote en Barcelona, en recuerdo quizá de estos cuentos.

El texto de Mardrus designa al rey Salomón del consabido sello o estrella de las seis puntas, con el nombre de Soleimán, hijo de David y señor de todos los genios, benéficos y maléficos, con lo cual se patentiza el carácter "solar" de semejante iniciado clásico. El nombre del genio rebelde, a su vez, es el de *Sakhr-el Genni*, o, como si dijéramos, el *sagrado o sacro jina*.

Los nombres del rey griego y de su médico Dubán (o Douban en las versiones francesas) son, respectivamente, *Yunán* y *Ruyán*, que parecen aludir, el uno a *Yama*, el dios o rey de la Muerte, y *Runán*, "el hombre de las runas", o sea "el conocedor de la Sabiduría Primitiva, en las runas escrita"; tanto, que luego al país de aquel se le dice "el país de los *runan*, con su capital en *Fars*, denominaciones mal atribuidas por el traductor a Bizancio y a los griegos cristianos.

En obsequio a la brevedad, al tratar del médico de Dubán omitimos la historieta de *El marido y el papagayo*, reducida a referir que cierto buen hombre se vió prevenido por su papagayo de que, en su ausencia, le había traicionado su mujer. Ésta, para defenderse de tamaña inculpación, hizo que sus esclavas estuviesen toda la noche remendando los ruidos y lluvias de la tempestad, para que el engañado loro, al otro día creyese que, en efecto, había estallado

una tormenta y su mentira probase también la falsedad de la acusación de infidelidad que había lanzado contra su dueña. El señor, viendo que tal tempestad no había existido, pensó que tampoco habría acaecido lo otro, por lo que dió fiera muerte a su ave predilecta.

Pues bien; esta historieta aparece muy mejorada en el texto de Mardrus con la de *El halcón del rey Sindabad*, de Fars, halcón a quien pinta salvando a su amo de que bebiese cierta agua de un árbol, envenenada por una serpiente, cuando iba persiguiendo frenéticamente, como los héroes de tantas leyendas, a una hermosa gacela. No acertando a comprender la extraña oposición del ave, la dió muerte, convenciéndose de allí a poco de su error.

¡Hermosa manera la de éste, como la del otro cuento, de simbolizar nuestra eterna locura, desoyendo consejos de nuestra *Ave-Mágica* o conciencia moral, que continuamente nos está previniendo contra las *mayas* o "engaños e ilusiones de este bajo mundo". En semejante sentido alegórico, los dos insulsos cuentos se transforman en dos preciosas joyas, en dos fábulas harto dignas de ser siempre recordadas en nuestros peligros o lo largo del sendero de la vida, y por eso, sin duda, están intercaladas en el gran apólogo del rey y el médico Dubán, cuya naturaleza moral es, en el fondo, la misma.

Otra fabulita por el estilo es la de *El príncipe y la vampiresa*, dada bajo el título de *El visir castigado* en el texto de Galland, y que se reduce a contar de qué manera un príncipe, enamorado de esta última, a quien encuentra abandonada en el bosque solitario donde le han llevado a aquel sus cacerías, logra libertarse de ella invocando el sacrosanto nombre de Alah, o sea "el Señor de los *jinas*, porque Alah, como Jehovah son nombres colectivos, designadores, en otras etimologías, del mundo de los *jinas*", región superior al "de los hombres mortales".

-Amigo mío, no seas así. Considera que no es honroso el vengarse, y que no hay en el mundo acción más grande que la de devolver el bien por el mal.

-Júrame, pues, por el Gran Nombre de Alah que cumplirás exactamente lo que dices, y entonces te libertaré.

-Te lo juro. Nada temas. Toma tus redes y sígueme -dijo el gigante, añadiendo, así que se vio libertado-: -Echa aquí tus redes al punto, en el estanque de este jardín.

Echadas las redes, el pescador vió que del estanque de aquel jardín encantado sólo salieron cuatro peces, cada cual de su color: uno blanco, otro azul, otro encarnado y otro amarillo. No se cansaba de admirar la suprema belleza de los peces; pero no sabía qué partido mejor sacar de ellos, hasta que el gigante le ordenó:

-Coge estos peces, llévalos a tu sultán, quien te dará más dinero del que has podido soñar en tu vida. Además siempre que quieras podrás venir al jardín y al estanque, pero no pesques en él mas que una vez por día, pues, de lo contrario, te sobrevendrá una gran desgracia. Y diciendo esto, el gigante golpeó con el pie en el suelo, que se abrió al momento y se cerró sobre él.

El pescador, maravillado de cuanto había visto, tomó camino de la ciudad y se fue en derechura hacia el palacio del sultán para ofrecerle los extraños peces, como el gigante le había dicho.

Dejo a la consideración de vuestra majestad, señor -continuó Scheherazada-, cuál sería la sorpresa del sultán cuando vió los cuatro peces aquellos; tanto, que dijo a su visir:

-Toma esos peces y llévalos a la cocinera griega para que me los prepare con el mejor de sus guisos. Dale, además, al pescador de ellos cuatrocientos denarios de oro.

Luego que la cocinera hubo puesto en la sartén los peces, los dió la vuelta con la paleta, mas, ¡oh prodigio!, a través del muro apareció una dama blanca ataviada como una diosa egipcia, la cual, acercándose a los peces y tocándolos con su mágica varita de mirto, les dijo:

-Peces, ¡cumplid con vuestro deber!

Entonces los cuatro peces, como si fuesen cuatro seres humanos, levantaron la cabeza respondiendo:

-Si usted diese sus cuentas, nosotros daríamos las nuestras; si usted pagase sus deudas, también nosotros pagaríamos; si usted desapareciese, nosotros venceríamos y quedaríamos contentos.

A estas palabras la dama echó a rodar la cacerola, desapareciendo a través del muro como había venido, y la cocinera advirtió, con espanto, que los peces estaban carbonizados, cosa que se apresuró a notificar al visir, quien nada dijo al sultán, inventando un pretexto cualquiera para que el pescador le trajese del estanque de marras otros cuatro peces de colores como aquellos.

Pero no contaban la cocinera y el visir con que el caso se repitió punto por punto, y los nuevos peces, a la aparición de la dama, quedaban carbonizados como los antiguos. El visir creyó de su deber noticiar del caso a su majestad, quien maravillado, quiso intentar personalmente la experiencia, encargando, al efecto, nuevos peces al pescador.

Cuando éste los hubo pescado en el sitio consabido, se procedió como con los anteriores y con resultado idéntico, salvo que en vez de la dama egipcia se presentó un espantoso negro. El sultán preguntó al pescador por el sitio en que pescaban semejantes peces, a lo que él respondió que el lugar estaba situado del otro lado de la montaña frontera, entre cuatro colinas que le rodeaban con su vegetación paradisíaca, y como a las tres horas de la corte en que se hallaban.

El sultán entonces, lleno de curiosidad, preguntó al visir:

-¿Conoces tú ese lago que el pescador dice?

A lo que, todo humilde y turbado, respondió el visir:

-Señor, yo soy un hombre que camina hacia la vejez y, aunque en esta ciudad he nacido, jamás he visto semejante lugar, ni nunca oí hablar de él, a pesar de mis frecuentes cacerías por las faldas de esa montaña que el pescador dice.

El sultán, asombrado, se hizo conducir allá, como se verá más adelante, en subsiguiente capítulo, después que demos las demás versiones del cuento que nos ocupa.

VERSIÓN SEGUNDA DE "EL PESCADOR" EN EL TEXTO DE MARDRUS

El texto sirio de *Las mil y una noche*, aparte del que antecede de Galland, nos da otras varias versiones, más o menos desfiguradas, del típico cuento y que conviene puntualizar. Una de estas versiones es la que lleva el título de "Historia de Califa y del califa" (tomo XIII de la traducción Mardrus-Blasco Ibáñez), y en el que aparece también un pobre pescador de aquel nombre, quien cierto día arrojó diez veces sus redes sin sacar nada. A la undécima extrajo del fondo un feo mono cojo y tuerto. Al ir el pescador Califa a matarle,

el mono habló, diciéndole que echase otro lance más, y, en efecto, esta vez sacó con precauciones a otro hermosísimo y atildado mono. Adornado de oro y vestido de azul, ¡el dios de los monos, sin duda!, quien dijo:

-Yo soy el mono a quien debe toda su fortuna Abu-Saada, el judío, porque soy la primera persona cuyo rostro mira él por la mañana y la última que ve antes de dormirse, Y te digo más: que arrojes otra vez las redes y verás lo que sacas.

En efecto, obediente Califa al guapo mono, esta vez sacó del fondo un pez magnífico con áureos ojos y escamas diamantinas, y por consejo de aquel se le llevó al judío, rechazando, al mostrárselo, todo estipendio que no fuera el de *dos simples palabras*, a saber: "¡Consiento en cambiar el mono de Califa por mi mono, y su suerte por la mía!". El mono viejo y lisiado fué desde entonces patrimonio del judío y el mono hermoso que tal revelación salvadora le hiciese, el mono de Califa y el causante subsiguiente de cuantas dichas le acaecieron a éste en el curso de su vida.

Por supuesto que estos dos monos, el feo y el hermoso, constituyen, respectivamente, en la Mitología comparada: el uno el patrimonio degradado y siniestro de una Humanidad vulgar o perversa que tiene más de mono que de hombre, y el otro nada menos que al célebre *Hanu-man* o "dios de los monos", que figura en el *Rama-yana* como el eficaz y abnegado auxiliar de Rama, el gran guerrero solar conductor del joven pueblo ario en la conquista de la Ariavatha o Gran India en el comienzo de los tiempos históricos. Hanu-man, en efecto, construye con su enorme cola un puente entre la India y la isla de Lanka (Ceilán), por el que pasa todo el ejercito del héroe. En otros textos, como en el de *Los Vedas*, Hanu-man es "el Manú, o prototipo de los hombres-monos", o sea de los antecesores simiescos del hombre actual, que diría un darwinista, así como se habla también en aquellos de otros "Manús y Avatares" todavía más antiguos, tales como el "Manú-Pez" (Mastya-Avatar), o "pez siluriano" que hoy diríamos; el "Manú-Tortuga" (Shukma-Avatar); el "Manú-León" (Nara-Sing); el expresado "Manú-Mono" (Hanu-Hanu "hombre-lunar") y los dos "Manús-Hombres" (Rama y Krishna, Avatares últimos del Vishnú terrestre).

En una variante de esta versión del texto sirio (una de las muchas inéditas que aparecen en la traducción de Blasco Ibáñez en los tomos IV al XII), entusiasmado el sultán ante el pez que ha pescado Califa, le da cuatro mil dracmas de oro. Ante tamaña prodigalidad, la reina Schirin le reprende al sultán, y hace llamar al pecador, bajo el pretexto de preguntarle si es macho o hembra el pez en cuestión, a lo que el astuto responde que es hermafrodita (como lo son todos los Manús y Reyes Divinos de las primeras dinastías). Por cierto que el pescador, al contar los cuatro mil dracmas, deja, inadvertidamente, caer uno al suelo, apresurándose a cogerle, y como el sultán o califa le reprendiese por tamaña tacañería, él se apresura a contestar con desenfado: "Señor, es que el dracma lleva la efigie de vuestra majestad, y yo no puedo consentir que ella se vea por los suelos ni que nadie la pisotee.

En el texto, en fin, se ven perlas de dicción como ésta en !que se alude a los vanos desvelos de los hombres buscando afanosos unas riquezas que han de dejar aquí, temprano o tarde: "¡Oh, tú, buzo que ciego te debates en la noche de tu perdición: abandona ese estéril trabajo!", o, como diría el Evangelio: !

¡Quien ama su tesoro, perecerá con él ...!”.

VERSIÓN TERCERA Y CUARTA DEL “EL PESCADOR” EN EL TEXTO DE MARDRUS

Estas versiones aparecen entremezcladas con otros insulsos cuentos, algunos de un naturalismo que espanta, y que deja muy atrás a los famosos libros de Aretino, al *Decamerón*, de Bocacio; al *Heptamerón*, de la reina de Navarra; a las *Damas galantes* de Brantôme, o a la moderna literatura.

Las indicadas versiones entroncan en el extenso cuento que lleva por título “Historias de Baibars y de los doce capitanes de policía”, y aparecen narradas por los dichos capitanes tercero y cuarto, en términos muy extensos, que en esencia dicen así:

Versión tercera: un infeliz pescador casó con cierta hermosísima mujer, de la que el sultán se enamoró perdidamente, como David de la mujer de Urías, tanto que, para poseerla legalmente, mandó matar al esposo. Este último, haciendo honor a su nombre de Mohamad el Avispado, se percata a tiempo y huye, en convivencia con su mujer. El hijo de ellos va a la escuela con el hijo del sultán, y por cierta travesura que le arma a éste, es condenado a azotes, por lo que huye de la escuela, haciéndose pescador como su padre. En un lance de pesca, después de muchos otros infructuosos, saca un pintado salmonetillo que le dice: “¡No me ases; échame al agua, y te protegeré contra el sultán y hasta te casaré con la hija del rey!”. Para conquistar a ésta, le hace construir una dahabieh o barquilla de oro, en la que, río arriba y guiado desde dentro por el pez, a de caminar hacia la Tierra Verde, en siete años de viaje. Llega, en efecto y logra robar a la princesa huyendo en la barquilla. La joven, solicitada por multitud de pretendientes en el reino del sultán, tira una sortija al río diciendo que sólo se casará con aquel que acierte a sacarla del fondo(1), cosa que todos intentan inútilmente, ahogándose, pero que logra con facilidad el joven Mohamad, gracias al consabido auxilio de su pez, quien le aporta la sortija. El visir del reino, contrariado, se opone al matrimonio, porque quiere casar a la joven princesa con el hijo del sultán. Ella finge acceder, pero poniendo por condición la de que se sigan en los desposorios las costumbres de su país, consistente una de ellas en abrir un largo foso desde la casa de la novia hasta el mar t llenarle de leña, a la que ha de prenderse fuego para que luego el novio y sus padrinos le atraviesen incólumes (2). Al intentarlo, arden los tres perversos, pero no arde Mohamad el joven, gracias al dominio que sobre las aguas tiene el misterioso pececillo protector del pescador.

(1)Aquí está probablemente el entronque de los célebres desposorios anuales del Duc o Señor de la Republica de Venecia con la mar, que discurre por los canales de aquella ciudad tan gloriosa y tan relacionada con Oriente, merced al continuo comercio que por sus naves hacía. Semejante hecho, además de recobrase un anillo arrojado al mar por su dueño, se reproduce en la leyenda griega de Gitges, en la medieval de “Anillo de Zafira.

(2)He aquí ya, desde bien antiguo, la prueba medieval del fuego; la ceremonia aria de las hogueras sagradas que aún atraviesan ciertos sacerdotes hindúes sin quemarse, como ha sido comprobado por numerosos viajeros, y, en fin, las hogueras de San Juan, como uno de tantos recuerdos druidas que aún perduran en nuestros tiempos.

Versión cuarta: -En cuanto a la mujer del pescador, en el cuento del capitán cuarto, diríase que, por sus argucias era una anticipación de la Penélope griega, esposa del astuto Ulises, por cuanto el rey, por resistirse a sus seducciones como esta última a la de sus numerosos amantes, la manda matar

a menos que teja una alfombra de una sola pieza y de fanega de superficie. Ella, gracias a la protección consabida de un hada, consigue tejer la alfombra, empleando, al efecto, un huso mágico que la proporciona el hada del pozo en el que tira su propio huso. Segunda vez el rey la ordena realice otro imposible, como lo es el traerle un niño de ocho días que no sólo ha de hablar, sino que ha de contarle una historia que sea verdad, y sea, al par, mentira, cosa que valiéndose de la magia del hada del pozo, consigue también. Por último le exige otras cosas, tales como hacer salir polluelos de unos huevos, después de rotos y de bien batidos, y contarle detalles exactos relativos a una gran ciudad y sus habitantes, vistos nada menos que en el interior de una sandía ...

Por descontado, en la versión precedente se diseña algo relativo al gran mito caldeo de Oanes o Dagón, el pez-hombre que, tras la catástrofe del diluvio atlante, instruye desde la playa a los hombres posteriores, o séase a los "adamitas" de tantos y tan variados cuentos. Tampoco es ajena a ésta versión la bíblica de todos conocida relativa a Tobías, otro "pescador", quien, por consejo de un ángel, pesca un enorme pez, según el relato siguiente, que extractamos del canónico *Libro de Tobías*:

Tobías, deseando ya morir, quiso enviar antes a su hijo a la ciudad de Rages a cobrarle ciertos dineros que había prestado a uno de los moradores. Púsose el joven Tobías inmediatamente en camino, y a poco se le incorporó, ofreciéndose a acompañarle, un gallardo mancebo, que no era sino el propio arcángel Rafael, uno de los Siete Espíritus de Presencia ante el trono del Señor, sin revelar, por supuesto, su verdadera naturaleza angélica.

Llegados ambos viajeros al Tigris, he aquí que asaltó a Tobías un enorme pez, pronto a devorarlo. El arcángel, tranquilizando al joven en sus naturales temores a la vista de aquel monstruo, le dijo que se lanzase valientemente contra él, y, cogiéndole por las agallas, le destripase para arrancarle el corazón, el hígado y la hiel, que en manos de Tobías habían de constituir salvadoras medicinas (1). Con la carne, convenientemente salada, tuvieron, además, para el resto del camino. "Si pusieres sobre las brasa -le dice el arcángel- un pedazo de corazón y del hígado del pez, verás que su humo ahuyenta todo género de demonios; la hiel puede servirte para ungir los ojos de tu padre, quitándole las cataratas de ellos ... Prepárate, pues, para cuando lleguemos a la ciudad donde mora Raquel, pariente tuyo, que tiene una sola hija, llamada Sara, a quien conviene que tomes por mujer, después de haber ahuyentado de ella, con aquellas medicinas y con la oración, los demonios que le llevan muerto ya a sus siete maridos.

(1) Henos aquí frente a frente con un mito hebreo que tiene sus concordantes en todos los países de la Tierra, especialmente en Caldea, con el Pez Ganes o Dagón, el gran instructor salido del mar, y cuya palabra era medicina al par para el cuerpo y para el espíritu, y en España con la leyenda de Juan el Pescador. Los numerosos "peces" de *Las mil y una noches*, los del Evangelio de San Mateo (IV, 18-22) y tantos otros relacionados con el *Ictus* simbólico de los primeros cristianos, en representación del signo zodiacal de este nombre, reconocen igual origen *terapeuta* o salvador, más aún de los males del espíritu que de los del cuerpo.

Llegados a Rages entrambos, todo sucedió como el arcángel había dicho. Raquel los recibió con grandísimo contento; los colmó de obsequios, y, recibida la pretensión del joven, le opuso la gran desgracia que aquejaba a su hija; pero el arcángel tranquilizóle diciendo: "No temas al darle tu hija a éste, porque él, que teme a Dios, es a quien le es debida tu hija por mujer, y por

esta razón no ha podido tenerla otro.”.

Acabado el banquete e introducidos los consortes en la cámara nupcial, quemó Tobías las entrañas del pez, como aquel le había dicho, y con se esposa se puso en oración, al par que el arcángel apresaba al demonio obsesor, llevándosele a la Tebaida, para que no dañase más a nadie. Grande fué la sorpresa de los padres cuando, preparada ya hasta la sepultura del nuevo marido, como los otros siete ya fenecidos, los vieron salir sanos y salvos al siguiente día.

Finalmente, tras los festejos de boda y el cobro de los dineros prestados, regresaron los dos esposos y el arcángel al lado del viejo Tobías, a quien curaron las cataratas untándole en los ojos con la hiel y bendiciendo todos a Dios, que les había deparado tamaña felicidad, tras de probarles como a Job, con tal cúmulo de adversidades. El arcángel, revelándose en toda su celeste naturaleza, se despidió de ellos, dejándoles asombrados, no sólo por los dones de él recibidos, sino de que un ser de tal elevada naturaleza hubiese comido y bebido aparentemente con ellos, “cuando -dice el texto- los ángeles usan de un manjar invisible y de una bebida- el Soma- que tampoco puede ser vista de los hombres ...”

En estas dos típicas versiones aparecen elementos de altísimo valor mitopeico.

El “anillo” simbólico se cifra, en efecto, el misterio de lo que hoy llamamos “cuarta dimensión”, y por eso le vemos aparecer siempre en los momentos más culminantes o “astrales” de nuestra vida: desposorios, sellos de autoridades en sendos anillos, cadenas, etc. etc. porque *annulus* o “anillo” no es sino el diminutivo latino de *annus*, “el año”, o sea el período típico en el que nuestro esferoidal planeta, girando en torno del Sol, describe su masa en los cielos un efectivo aunque invisible anillo.

En cuanto a la versión cuarta del pececillo-guía en la vida de un joven puro, desde el “fondo de las aguas astrales”, que resplandece en el mito de Tobías o Tau-bios, o bien del “Ángel de la Guarda” que le muestra semejante misterio, bástenos decir que merecería por sí solo un capítulo, pues que la ciudad de Ramoth de Galaad o Ramaces, que aparece también en el capítulo IX del bíblico “Libro IV de los Reyes”, no es como la propia “Roma” o “Rouma” clásica de Italia, sino una de tantas ciudades primitivas consagradas al Avatar Ra, Rama, héroe del Mahabharata, libro troncal o de enlace de todos los demás del mundo conocido. De aquí el que en dicha Ragés, Ramoth o Ramaces, como tal ciudad iniciática, sea consagrado como rey de Israel Jehú, el hijo de Josafat (Io-Sapho, o “Sabiduría de Io”), por el propio profeta Eliseo, el sublime discípulo de Elías el Jina, para que este Jehú pueda luego acabar con las hechicerías de Jezabel (IV Reyes, IX, 22) y con toda “la impía casa de Achab” “Acab” o “Baca”, es decir, con su culto iniciático.

Es, pues, el arcadismo y admirable “Libro de Tobías” una versión mas del mito fundamental del Pescador, o sea de la leyenda caldea de Dagón, “el Hombre-Pez” o dios Ith.